
ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS y LUISA, trabajando junto á la mesita; sobre ella un quinqué encendido.

- LUISA. ¡Qué noche tan larga! Las nueve y media, y creí que eran lo menos las once.
- GERT. Es natural: hemos comido muy temprano, y desde las siete á las doce hay muchas horas.
- LUISA. El empeño ha sido de papá: como él se fué al teatro, allá el tiempo se le hará breve; ¡pero á nosotras!...
- GERT. Tratándose del teatro, tu padre pierde la cabeza. ¡Un estreno y faltar él! ¡Ya es fácil!
- LUISA. Y con él se fué Pepe: y acompañando á los dos estará Enrique: y formando corro con los tres y haciendo comentarios, don Atilano, Borroso y don Telesforo. ¡Y la mamá y la pobre hija, en soledad espantosa! Buena noche y divertida nos proporciona el drama de don Pablo.
- GERT. Peor la pasará él si se lo silban.
- LUISA. Bien lo merecía por las estorsiones que nos causa, y

- el aburrimiento que nos proporciona. Por mí, no siendo á papá, que silben al género humano.
- GERT. No tengas malas intenciones: no quieras para el próximo lo que no quieras para tí. Esepumos al cielo y nos cae en la frente. No acaricies malas ideas contra don Pablo.
- LUISA. Si yo no acaricio nada. Para caricias estoy yo, y tengo los nervios tirantes como cuerdas de violín. Dar un cachete, echar las uñas, echarme á llorar, eso sí que me costaría poquísimo trabajo.
- GERT. Toma azahar, hija; toma azahar.
- LUISA. ¡Válgame Dios, qué desdichada soy! (Con mimo y algo de lloriqueo.)
- GERT. ¿Qué tienes?
- LUISA. Que no me dices nada, y eso es mala señal.
- GERT. ¿Qué quieres que te diga?
- LUISA. Lo que dijo papá, cuando le dijiste, lo que yo te dije, sobre lo que me había dicho Enrique.
- GERT. Muchos dichos son esos.
- LUISA. Pues aún faltan los de la boda.
- GERT. Pues no hay boda; al menos en unos cuantos años no hay boda.
- LUISA. ¡Es decir que papá se opone! ¡Que no tiene compasión de mí, ni de Enrique, ni de nadie! ¡Si se tratara de Pepito! Pero soy yo... se trata de Luisa... y Luisa poco importa que se muera de dolor... porque me moriré... ya siento una opresión en el pecho... y una debilidad... y una tristeza... y toso... toso mucho... con una tosecilla seca y profunda... que da lástima á todos los que me oyen... (Tose varias veces, pero bien se ve que no tiene ganas de toser.) ¡Oyes!... Así tosía aquella Elvira del último drama de papá, y se murió.
- GERT. Bueno: pues toma flor de malva.
- LUISA. ¡Ya se arrepentirá papá cuando me vea muy blanca la cara, y vestida de blanco, y con mi corona y mi palma!... ¡Ay, qué pena tendré yo también cuando me vea muerta!... ¡Morir tan joven! (Lloriqueando.)

- GERT. No digas desatinos: estás fuerte y robusta, y con un color de rosa que da gusto verte.
- LUISA. Sí... buen color... ¡la fiebre!
- GERT. Déjame de tonterías y de romanticismos trasnochados.
- LUISA. ¡Ya lo creo: como que anoche no dormí!
- GERT. Así dormirás mejor esta noche.
- LUISA. Pero vamos á ver: ¿en qué funda papá su oposición?
- GERT. En que Enrique es un chicuelo sin sustancia, sin talento probado, sin carrera, sin porvenir seguro.
- LUISA. ¡Virgen Santísima! Que es un chicuelo, y en Abril cumplió veintidós años; que no tiene sustancia, y es tan sustancioso y tan ingenioso todo lo que dice; que no tiene carrera, y está en tercer año de leyes; que no tiene talento... ¡esto sí que no puede decirse! Y en cuanto á su porvenir, sepa usted que el año pasado ganó treinta mil reales; con que vea usted si podrá sostener á su mujercita: á mí, que gasto tan poco, que casi no cómo y casi no visto, y que, si es preciso, comeré menos y no vestiré.
- GERT. (¡Pobrecilla!... El caso es que en parte tiene razón.) (Aparte.) Vamos, Luisita, esas son ilusiones y cuentas galanas.
- LUISA. Perdona, mamá; pero son cuentas muy exactas. Pongamos que Enrique no gana más que treinta mil reales hasta concluir su carrera, dentro de tres años; pues vivimos con eso, y muy bien, durante esos tres años: al cuarto pone bufete, y gana diez mil más; son cuarenta mil: al otro gana otros diez mil más; son cincuenta mil: al otro sube su fama, y gana ochenta mil; porque en cuanto hable en el foro, se espanta todo el Colegio de Abogados. ¿Tú no sabes lo que es Enrique? Es capaz de pedir las cabezas del tribunal, del fiscal y de los jurados «por iniquidades cometidas con su defendido!» (Con tono oratorio.) En fin, mamá, que á la vuelta de una docena de años, tenemos millones, carruaje, palco en el Real, casa de campo, veraneo en Biarritz y temporadas en París, Londres, Roma y San Peters-

32795

- burgo. ¿Con que qué más se le puede pedir al pobre Enrique?
- GERT. Esas son tus cuentas: ahora oye las mías. Como el capital de sandeces y desvergüenzas que explota Enrique no es inagotable, y como los gustos del público son tornadizos, si hasta aquí ganó tu novio treinta mil reales al año, el que viene ganará veinte mil, y el otro diez mil, y al otro nada. Y al cuarto año, suponiendo que acabé su carrera, que es mucho suponer, y que abra bufete, que es mucho abrir, no ganará un céntimo; y á la vuelta de una docena de años, lo que tendréis será una docena de chicos; y tú, tu esposo y la prole cargaréis sobre tu padre con todo vuestro peso: de modo que en vez de irnos á Biarritz, al Rhin ó á San Petersburgo, á donde iremos será á San Bernardino en procesión ó al hospital en camilla.
- LUISA. Dices eso por alligirme, por hacerme llorar; pero no lo crees. ¡Qué desdichada soy! (Llorando.)
- GERT. ¡Esas sí que son exageraciones! Mujer, espera cinco ó seis años, y ya veremos.
- LUISA. ¡Cinco ó seis años! ¡Virgen del Socorro! ¡Pues será para entonces una solterona! Y Enrique...
- GERT. Un solterón; de modo que no podrá echarte nada en cara.
- LUISA. Me echará en cara la mía, que no será la de ahora la que tanto le gusta.
- GERT. Acabemos: tu padre lo manda: es preciso que le despidas esta misma noche, ¿entiendes?
- LUISA. ¡Ay, qué pena tan grande! El pobre Enrique se muere: de hijo se muere: ¡él, que es tan sensible y que está tan delicado! ¡Tanto como yo! (Lloriqueando.)
- GERT. Pues los que están tan delicaditos no se casan.
- LUISA. ¡Si es de lo que nos hacen ustedes sufrir! ¡Mamá, tú que eres tan buena, que me quieres tanto, háblale otra vez á papá! Esperaré hasta que Enrique gane el cuarto año de leyes: ¡podemos hacer más! ¡Puedo tener más juicio, más resignación! ¡Puedo ser más obediente!

- Pero despedirle... no puedo... no puedo... ¡Ay, Dios mío... Dios mío! (Llorando.)
- GERT. ¡Vamos, Luisa, no me des un mal rato!
- LUISA. ¡Pues dí que sí!... Como no digas que sí... lloro... ¡y lloro hasta que me deshaga en lágrimas y te quedes sin hija!
- GERT. ¡Calla!... ¿No oyes?... Han llamado.
- LUISA. Que llamen fuerte.
- GERT. Mira á ver quién es.
- LUISA. Que vaya Paula.
- GERT. No está en casa.
- LUISA. Que vaya Teresa.
- GERT. A Teresa le dió permiso tu padre para ir al estreno, y además les regaló anfiteatros á ella y á su primo.
- LUISA. ¡Muy bien, muy bien! La criada en el teatro y la hija en casa, hecha un mar de lágrimas... y abriendo la puerta como una criada.
- GERT. Más vale ser criada que mal criada. ¿Lo estás oyendo? Llaman otra vez.
- LUISA. Ya voy: seré la *cenicienta* de la casa... y Enrique el *ceniciento*. (Sale llorando.)

ESCENA II

GERTRUDIS; luego LUISA, PELÁEZ y BORROSO

- GERT. ¡Pobre Luisa! No deja de tener fundamento lo que dice. Enrique es listo, trabajador y débil de carácter. ¿Qué más se le puede pedir á un marido? Pero Antonio le ha tomado ojeriza. (Entran Peláez y Borroso.) ¡Tanto bueno! ¿Qué milagro es este?
- PELAEZ. Ya usted lo ve: arrepentimientos.
- BORROSO. Ya usted lo toca: propósitos de enmienda.
- PELAEZ. ¿Pero qué portera han tomado ustedes? (Señalando á Luisa.) ¿Se trocó en paraíso la vivienda de don Antonio y hay *queruvines*, digo, querubines, hasta en el portal?
- LUISA. Tardaba la criada, y fui yo. (Se sientan los dos.)

- BORROSO. ¿Y don Antonio?
GERT. ¿Y ustedes lo preguntan? ¿Pues no saben que hay un estreno?
PELAEZ. ¡Ya... ya!... á ver el drama de don Pablo.
BORROSO. ¡Qué aplicada está usted, Luisita!
PELAEZ. Toda una mujer de su casa.
LUISA. Eso quisiera ser, créanme ustedes, mujer de mi casa.
PELAEZ. Pero no afanarse excesivamente: tiene usted la vista cargada: le brillan á usted los ojos con luz vivísima.
BORROSO. ¿Y nuestro famoso autor?
GERT. Pepe se marchó con su padre.
LUISA. No, mamá, con Enrique.
GERT. Bien: quiere decir que todos están allá. Y ahora que no está Pepe... la verdad... ¿qué les pareció el drama?
PELAEZ. Señora, el chico tiene un talento nada vulgar.
BORROSO. El chico es muy observador.
GERT. Pero el drama, ¿puede representarse?
PELAEZ. La obra de Pepe, primera producción de un joven, tiene deficiencias é inverosimilitudes... con todo... revela dotes muy estimables.
BORROSO. Yo le aconsejaría que esperase *cinco ó seis años*. ¿No opina usted...? (A Peláez.)
PELAEZ. Coincidimos por modo verdaderamente lisonjero para mí.
GERT. ¡Cinco ó seis años! eso es una eternidad: entonces, digan ustedes que nunca.
LUISA. Dice muy bien mamá: *¡cinco ó seis años!* ¡eso es una eternidad! Lo que se deja para dentro de *cinco ó seis años*, no se hace nunca. Yo digo como mamá: ahora... ó se acabó.
PELAEZ. ¡Qué viva de carácter es usted, Luisa!
LUISA. Yo repito lo que ha dicho mamá.
PELAEZ. Pues sepan ustedes que yo tengo un drama en cartera hace veinte años, y periódicamente vuelvo sobre él, lo corrijo, lo vigorizo, y de este modo voy consiguiendo, si no una perfección absoluta, cierta perfección relativa: todas las precipitaciones son viciosas: sólo vencen

- la paciencia y la constancia, sin violentar nunca á la inspiración, que es voluntariosa de suyo. Dele usted estos consejos á Pepe, aunque ya se los daré yo cuando le vea.
BORROSO. Y yo también le daré los míos. El arte no es más que el secuestro de la *naturaleza* por el artista: aquí te veo, aquí te cojo, aquí te encierro: te encierro en un marmol, te encierro en un lienzo, te encierro en un personaje dramático ó cómico.
LUISA. Justo, eso ha hecho Enrique: el *encierro* y la *corria*.
PELAEZ. Luisita, no hablemos de ese joven.
LUISA. Me parece que llaman... (y aunque no llamasen no me quedaba: ¡oirle hablar mal de Enrique!... ¡todos contra él!)
PELAEZ. Nada, que tenga paciencia Pepe: que estudie, que trabaje.
GERT. Si el pobre lo que quiere es trabajar.

ESCENA III

GERTRUDIS, PELÁEZ, BORROSO y LUISA; después DON ANTONIO y ENRIQUE

- LUISA. (Muy apurada.) Mamá... mamá... papá vuelve... Dice Enrique, que papá se puso malo en el teatro: que le dió no sé qué...
GERT. (Levantándose.) ¡Ay, Dios mío!... ¿pero qué ha pasado? (Todos se levantan.)
LUISA. No sé: viene muy pálido.
BORROSO. Hombre, hombre, ¿qué es eso?
PELAEZ. Quizá los vapores de la comida.
GERT. ¿Qué tienes, Antonio?...
ANTONIO. Nada, mujer: si ya pasó: un mareo: un vahído.
PELAEZ. ¡Justamente: un vahído!
ANTONIO. ¡Amigo Peláez!... ¡amigo Borroso! (Dándoles la mano.)
BORROSO. Siéntese y descanse...
PELAEZ. ¡Válgame Dios, don Antonio, usted tan valeroso para

estas emociones teatrales, se nos acongoja como el sér más vulgar ó el más enclenque valetudinario!

ANTONIO. Si no es nada: absolutamente nada. Mucho calor, mucho ruido: sentí que la sangre me subía á la cabeza y que perdía la vista y le dije á Enrique... vámonos á casa... pero en cuanto me dió el aire fresco... me serené: con que no hay que asustarse.

ENRIQUE. Realmente no ha sido nada.

GERT. Ya no estás para emociones: ya eres viejo.

PELAEZ. Viejo, todavía no.

ANTONIO. ¡Qué emociones! ¿Es acaso mía la obra?

ENRIQUE. El teatro estaba infernal; ¡qué atmósfera! ¡qué oleaje!

PELAEZ. ¿Y el drama, cómo va?

ANTONIO. No va mal, ¡mucho interés! ¡mucho espectación! ¡unas veces grandes aplausos! ¡otras veces movimientos de asombro! yo creo que eran de asombro, ¿verdad? (A Enrique.)

ENRIQUE. De todo había.

ANTONIO. Créanme ustedes; el público estaba sobrecogido.

BORROSO. ¡Ya es fácil! ¡ya es fácil que el público se sobrecoja!

ANTONIO. ¡Siempre hay gente que protesta; pero la ola de simpatía les anegaba! Habrá batalla, pero yo creo que será un gran triunfo para... para don Pablo... porque dicen que es de don Pablo.

PELAEZ. Parece indudable.

LUISA. ¿Te sientes ya bien, papá?

ANTONIO. Perfectamente.

BORROSO. ¿Concluyó el primer acto?

ENRIQUE. Salimos antes de que concluyese...

ANTONIO. Pero faltaba muy poco... es decir, creo que faltaba muy poco, según lo que Enrique me dijo. ¡Pero miren ustedes que hay gente de mala intención! Equivocóse un actor, y en vez de decir:

Como del cráter en el rojo hueco
hierva la lava

dijo con voz tonante y ademán enérgico:

Como del cráter en el rojo hueco
hierva la pava.

Ya ven ustedes, una equivocación; ¿pues creerán ustedes que estalló una carcajada general? Si se hubiera puesto para qué se rieran, no se ríen: apuesto doble contra sencillo á que no se ríen. ¡Yo creo que entonces fué cuando me puse palo! ¡Qué lástima! ¡Y el público estaba, como nosotros decimos, dentro del drama!

PELAEZ. El público es muy nervioso, amigo don Antonio.

ANTONIO. Es cierto, amigo Peláez: un océano es como otro océano, el océano de la masa humana como aquel otro de las olas espumosas. Sublimes en sus grandezas, implacables en sus enojos, injustos á veces en sus iras. ¡Ay de los navegantes si uno y otro golpe de mar deshace la cascarilla de nuez en que se arriesgaron! ¡Ay del autor y de los actores si el otro mar les echa á pique el drama en que se metieron! Y si el naufrago llega á la orilla, á veces cae en una isla de antropófagos: y si el autor apela á la crítica, que pudo ser su salvación, se encuentra por lo regular... con lo que se encuentra, que no lo diré, porque me están oyendo respetables críticos. (Saludando á Peláez y Borroso.)

BORROSO. Solemne viene usted, don Antonio, y preocupado.

ANTONIO. Todo drama, lo mismo los de mis compañeros que los propios, me preocupa grandemente.

PELAEZ. ¿Y qué piensa usted del drama de don Pablo? Sepamos su valiosa opinión.

ANTONIO. Yo... la verdad... á mi parecer... (¡Este sí que es compromiso!)

BORROSO. Nada, con franqueza, aquí estamos en familia.

LUISA. Sí, papá... ¿es bonito?... ¡iremos á verlo?

GERT. (Calla, niña, que están hablando personas de respeto.)

ANTONIO. Les diré á ustedes... (No, pues yo no desacredito mi obra; buena inocentada sería...) Con franqueza... ¡A mí me parece... magnífico!... (Ya me lié la manta.)

PELAEZ. ¿Con que tan superior?

- ANTONIO. ¡Soberbio!... No ha hecho don Pablo nada parecido.
(¡Toma franqueza!)
- BORROSO. ¿Contemporáneo?
- ANTONIO. De época.
- LUISA. ¡Esos me gustan! ¿Y se matan?
- ANTONIO. ¡Todos!
- LUISA. ¿Y se enamoran?
- ANTONIO. ¡Todos!
- LUISA. ¿Y se casan?
- ANTONIO. Nadie.
- LUISA. (¡Qué triste será!) (A Enrique.)
- ENRIQUE. (Calla, tontina, que nuestro drama no acabará así.)
- PELAEZ. ¿Y el pensamiento?
- ANTONIO. ¡Profundo, trascendental! Un monte gigante y al pie un abismo inmenso.
- BORROSO. ¡Ya tenemos las profundidades de don Pablo y el trascendentalismo filósofo en campaña!
- ANTONIO. ¿Pues qué quiere usted, que caminemos siempre por entre el barro? En su escuela de usted, amigo Borroso, los escritores no pasan de ser barrenderos del Parnaso, ¡y ni don Pablo ni yo nos resignamos á recoger desperdicios!
- BORROSO. Y en la escuela de usted, ¿qué hacen los autores sino limpiar de telarañas las bóvedas del propio Parnaso?
- PELAEZ. ¡Las bóvedas se elevan en la altura! ¡el suelo... va por el suelo! ¡del embovedado de la catedral al embovedado de la alcantarilla hay diferencia!
- ANTONIO. ¡Se remonta la nube y pinta celajes de colores!
- BORROSO. ¡Baja la lluvia y fecundiza la madre tierra!
- PELAEZ. ¡Pero la misión del poeta, señor mío, no es el cultivo del verde en el valle, sino la vehemente aspiración al almo cielo!
- ANTONIO. ¡Muy bien dicho! ¡No comprendo ese empeño de que todos nos hemos de revolver en los barrizales de Borroso!
- PELAEZ. ¡Pues no nos revolcaremos!
- ANTONIO. ¡No señor!

- GERT. Déjate de disputas... que te va á repetir el vahído y te vas á revolver con un accidente.
- LUISA. ¡No, papá; no te incomodes!
- PELAEZ. Vamos, discusiones intempestivas aparte, díganos usted algo de esa creación que nos anuncia.
- LUISA. Sí, papá: cuéntenos el argumento del drama.
- GERT. Pero sin entusiasmartelo demasiado. Don Pablo no se pondría malo por defender una obra tuya con tanto ahínco.
- ANTONIO. Yo me precio de imparcial, sobre todo, en ocasiones como la presente. Señores... el drama es una gran concepción. (Cuando sepan que es mío, les diré que les embromaba, y por ahora algo se aprovecha.) ¡Una gran concepción, lo repito! Su pensamiento puede condensarse en este símbolo.
- PELAEZ. Veamos el simbolismo.
- BORROSO. ¡Válgame Dios por el símbolo!
- ANTONIO. Imaginen ustedes una férrea y colosal armadura con sus brillantados herrajes, con su visera calada, con su peto bruñido, con sus articulaciones de acero, inmóvil, fría y silenciosa: sér metálico que mira desdeñoso por entre las hendiduras del enrejado rostro á los demás hombres; á los demás hombres, que al fin, ¿qué son? urdimbre miserable de tendones y nervios, esponja de sangre y humores (esto le gustará á Borroso), osamenta con disfraz de carne: el común de las gentes, la masa humana, es *lo segundo*; el héroe de mi drama... es decir, del drama de don Pablo, es *lo primero*.
- BORROSO. Pues hasta ahora no me entero de lo que es el drama.
- ANTONIO. Milagro sería que usted se enterase.
- PELAEZ. Pues yo algo vislumbro.
- GERT. Vamos á ver en qué acaba.
- ANTONIO. Ya están ustedes frente á frente del coloso de acero. Pues supongan ustedes que dentro, en las sombras de la armadura, en su hueco de forma humana, como si fuera en un molde metálico, encajan y se superponen

y luchan dos seres: luchan pecho sobre pecho, rostro sobre rostro, cruzada pierna con pierna como sarmientos, retorcido brazo con brazo como si fueran manojos de serpientes, disputándose los dos el mismo espacio; dos seres digo, Satanás el de los abismos, y el más divino Arcángel de las alturas: y de la lucha nada se transparenta á lo exterior: una estatua impasible de reflejos metálicos, dentro dos fantasmas de contorno humano en horrible y silenciosa batalla. ¿Y ahora? (Mirándoles á todos con aire de triunfo.)

BORROSO. Y ahora, ¿qué?

ANTONIO. ¡Que este es el conde Ulrico: el protagonista del drama!

BORROSO. Pues dele usted memorias, y mande usted á la criada que le frote con aceite para que no se le oxide la cáscara.

ANTONIO. ¡Esa es la crítica de ustedes!

BORROSO. Y esos son los desatinos de don Pablo y compañía.

PELAEZ. ¿Pero usted no ve nada en esto?

BORROSO. Yo veo una caja de hierro, en cuyo interior riñen dos ratones y meten mucho ruido. Si ese es el protagonista, ¡valiente protagonista!

ANTONIO. ¡Yo voy á extrangular á este hombre!

LUISA. Sigue, papá, sigue; es muy bonito, muy bonito... ¿una armadura como las de la Armería Real?... ¿No es eso? (A Enrique.)

ENRIQUE. Explíqueme usted la idea, don Antonio.

GERT. ¡Mi marido concluirá en Leganés!

ANTONIO. El hombre metálico en cuyas entrañas luchan Satanás y el Ángel, he dicho, que es el conde Ulrico. Sér doble; antitético; con todos los instintos de la bestia; con todas las pasiones de los protervos; pero con una inteligencia elevadísima que comprende el bien, y una indomable voluntad que hacia el bien se dirige. ¿Eh? ¿Se hacen ustedes cargo? En los demás dramas, el protagonista lucha con el mundo exterior, con la fatalidad, con los demás hombres: en el drama de don Pa-

blo, el protagonista lucha consigo mismo. El conde Ulrico siente en sí todos los vicios, todas las corrupciones. Es envidioso; la grandeza ajena le muerde en las entrañas. Es soberbio; quisiera ser un déspota de Oriente. Es libertino; es voluptuoso; sueña con los placeres de las Mesalinas y las cenas adámicas de los Templarios: apetece con apetito bestial, revolcarse en todos los amores impuros.

GERT. ¡Cuidado, hombre, que está Luisita...! (Aparte á don Antonio.)

ANTONIO. En todos los amores impuros... ya... pues tráeme unos puros que tengo en mi cuarto, Luisita.

LUISA. (Aparte.) (Y me quedo sin enterarme del argumento.) (Sale.)

ESCENA IV

DICHOS; después LUISA

GERT. Ahí tienes lo que son esos dramas; que no puede oírlos, no digo una joven, ni una persona decente.

ANTONIO. Los dramas no se han hecho para representarlos en un convento de monjas ni en una escuela de señoritas. El arte es el arte y tiene sus derechos: á veces es divino y á veces es satánico; hay que oírle cuando canta ó cuando reza; pero hay que oírle cuando ruje ó cuando blasfema; si no queréis oírle, os tapáis los oídos con cuentas de rosario ó con un pelote del añadido.

GERT. ¡Jesús y qué grosero has venido de oír el drama de don Pablo! Vamos, acaba con todas esas impurezas antes de que venga Luisita y pida explicaciones que no podrías darle.

PELAEZ. Señora, el arte, el verdadero arte, tiene velos para todas las desnudeces.

BORROSO. Escrúpulos y pamplinas; no hay más que una ley, la verdad, ¡qué velos ni qué basquiñas! ¡Calor humano... carne humana!...

- GERT. Basta de humanidades, don Judas.
- ENRIQUE. Pero acabe usted su descripción, don Antonio.
- ANTONIO. Bueno, pues ya lo he dicho todo; Ulrico apetece con deseos satánicos el mal, pero comprende el bien y lo realiza, y la lucha tremenda queda encerrada en la fría cárcel de metal. Siente y anhela como un malvado; se sacrifica como un mártir; para el mundo es una estatua impasible. El desarrollo de este carácter es el drama.
- LUISA. Aquí están los puros. ¿Qué dijo papá de aquellos amores?... (A Enrique.)
- ENRIQUE. Nada, que acabaron en un rinconcito del cielo, como los de don Juan Tenorio.
- ANTONIO. Con que, ¿qué les parece á ustedes el drama?
- BORROSO. Artificioso y falso. Shakspeare jamás fabricó hombres de metal rellenos con ese picadillo angélico-satánico; sino hombres de carne y hueso con riego abundante de sangre.
- ANTONIO. ¿Qué sabe usted lo que hizo Shakspeare?
- BORROSO. Sé que fué un precursor de la escuela realista moderna.
- PELAEZ. Observador de la naturaleza, querrá usted decir; que yo por idealista, por filósofo, por psicólogo, por la más vigorosa voluntad al servicio de la más vasta inteligencia le tuve siempre.
- BORROSO. ¡Idealista el autor de Macbeth!
- PELAEZ. ¿Y las alondras de Julieta y Romeo? ¿Qué me dice usted de su canto matutino y de su plumaje volador?
- ANTONIO. ¿Y el Hamlet? ¿Y la tempestad? ¿Y Ofelia?
- BORROSO. ¿Y el mercader de Venecia? ¿Y el rey Lear? ¿y sus dramas históricos?
- GERT. ¿Qué trifulca de nombres! Pero señor, no riñan ustedes por cosas tan viejas, y que después de todo, nunca han existido.
- LUISA. ¿Qué alondras son esas que decía Peláez?
- ENRIQUE. Pues unas alondras... de un drama... del gran dramaturgo.

- LUISA. ¿Y qué les pasó?
- ENRIQUE. Nada... que se abrió la jaula... y se fueron... y Julieta y Romeo se quedaron... como quien ve visiones... como nos quedaríamos nosotros.
- BORROSO. Pues yo me afirmo; fué realista y naturalista.
- ANTONIO. Y yo me ratifico: fué filósofo.
- PELAEZ. Pues yo tampoco vacilo en mis opiniones, por más que respete las suyas, muy valiosas.
- GERT. Han llamado. (A Luisa.)
- LUISA. Ya vino Paula. (Asomándose.) Es Pepe.

ESCENA V

GERTRUDIS, LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO
y ENRIQUE; PEPE, muy apresurado y con el sombrero puesto.

- PEPE. (Dirigiéndose á su padre.) ¿Pero es verdad lo que me han dicho en el teatro?... ¡que te pusiste malo!... ¿qué tienes?... vamos, ¿qué tienes?
- ANTONIO. Nada, hijo, nada. Un ligerísimo mareo.
- PEPE. ¡Jesús, qué susto me han dado! Me dijo don Luis: «¿sabes? tu padre se ha marchado... porque le dió no sé qué.» Y en cuatro saltos vine acá. ¿Pero estás mejor? ¿pasó todo? ¡la verdad! (Con mucha ternura y mucho afán.)
- ANTONIO. Te digo que sí: que no vale la pena de que se hable más de ello.
- GERT. De veras: ya está bueno: no tengas cuidado.
- PEPE. Perdonen ustedes que no les saludase antes; pero venía tan inquieto. (Quitándose el sombrero.)
- GERT. Pobrecillo... ¡cómo le palpita el corazón! (Poniéndole la mano en el pecho.)
- PELAEZ. Ese olvido, querido Pepe, le hace á usted honor: así deben ser los *vuenos* hijos... digo: los buenos hijos.
- ANTONIO. ¡Es muy bueno!
- PEPE. Vaya: no hablemos de estas cosas.
- BORROSO. ¿Acabó el primer acto?